

GOETHE: "MI VIDA, UNA AVENTURA ÚNICA"

Francisco Torres M.

Licenciado en Filosofía e Historia, Universidad Santo Tomás. Dirigente de la Asociación de Educadores de Arauca, Asedar.

"Soy un realista empedernido."

"Solo merece la libertad quien la gana cada día."

Goethe

*Con motivo de los 170 años del nacimiento de Johann Wolfgang von Goethe, Francisco Torres, indagador literario y líder de los educadores araucanos, realiza una semblanza de la vida y la obra del gran creador de *Las desventuras del joven Werther* y *el Fausto*. Goethe, uno de los impulsores, junto con Friedrich Klinger, del romanticismo literario preconizado por el movimiento 'Sturm und Drang' – la tormenta y el ímpetu– en la Prusia kantiana de los últimos decenios del Siglo de las Luces, por su inmensa obra investigadora que se extiende a la ciencia natural, la poesía, la narrativa, el drama teatral, la crítica, la pintura, la diplomacia y la pedagogía, es considerado uno de los hombres universales de todos los tiempos. En aquel tiempo, a Humboldt se lo consideraba el nuevo Aristóteles y a Goethe, el nuevo Leonardo. No obstante sus concepciones aristocráticas y su actitud política tradicionalista, Goethe supo asimilar el espíritu renovador de la Ilustración, de la Revolución Francesa y de la revolución científica que desde fines del siglo XVIII irrumpió como fogueira de la Revolución Industrial que transformó literalmente el paisaje material y espiritual del 'novecento' en Europa. El genial creador literario también alcanzó altas cimas en su fervorosa defensa de la libertad humana: "Llegó ya el momento de probar con hechos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses". **Deslinde***

Aportáis con vosotras las imágenes de placenteros días, y se alzan muchas sombras amadas; igual que una añeja leyenda medio olvidada, resurge con ellas el primer amor y la primera amistad; renuévase el dolor y el lamento vuelve a seguir el laberíntico y extraviado curso de la vida, nombrando los bienes queridos que, engañados por la dicha, en horas risueñas, desaparecieron antes que yo" (1), quizá así soñaba con las sombras vacilantes de su vida en el propio borde de la muerte, medio dormido, cuando con el dedo corazón de la mano derecha trazaba signos en el aire. "Después se arrellanó cómodamente en su butaca y desapareció a la misma hora en que había nacido: cerca del mediodía" (2). De esa manera, en Weimar, el 22 de marzo de 1832 moría Johann Wolfgang von Goethe. Se cumplen entonces en este año, 170 de su muerte, la de un genio a quien se han rendido todos los tributos: "la vida y la obra de este autor, íntimamente compenetradas, integran el patrimonio de los escasos conductores de la humanidad toda" (3). Y si eso han dicho los modernos, recordemos lo que se dijo a raíz de su primer y gran éxito, *Werther*. Lavater, por ejemplo, escribió: "Adorarías como a un dios al doctor Goethe. Es el hombre más terrible y más amable del mundo". Schiller en una misiva donde respondió otra en la cual Goethe le brindó su amistad, dice: "Hace mucho tiempo que observo, aunque

de lejos, los movimientos de su espíritu, viendo con una admiración siempre nueva, la ruta que se ha prescrito. Usted busca en la Naturaleza lo que en ella hay de necesario, pero lo busca por la vía más ardua... Usted asciende paso a paso del organismo más simple al organismo más complejo, para poder, al fin, construir genéticamente al hombre, el más complejo de todos, yendo de los materiales del monumento de la naturaleza al todo integral" (4). Como señala el biógrafo Emil Ludwig, jamás se ha enviado un panegírico semejante a un hombre vivo en una epístola privada. Pero, por supuesto, el mayor homenaje que se le ha rendido lo recibió en vida, en Erfurt, en 1808, de labios del más grande de su época, Napoleón, quien al verlo, simplemente dijo "He aquí un hombre".

Goethe nació en Frankfort el 28 de agosto de 1749, el mismo año en que se publicaron los tres primeros tomos de la *Historia Natural* de Buffon y ocho antes de que Federico II de Prusia ganara las batallas de Ossbach y Leuten en la Guerra de los Siete Años, a comienzos de la tortuosa y larga reunificación alemana. Es la mitad del siglo XVIII, el Siglo de las Luces y de la Ilustración. Goethe fue "hijo de un matrimonio desgraciado. El padre, que podía ser tan bondadoso con el hijo, lo era muy poco con su vivaz esposa. La avaricia y la desconfianza formaban una sombría atmósfera en torno del ocioso y amargado marido" (5). La guerra, que trajo tantas disensiones entre su padre y su abuelo Textor, condujo a los franceses a la propia casa de Goethe y a éste –aún infante– al teatro, donde asistió a la representación de las obras de Moliere, Corneille y Racine. Ya a la edad de ocho años había escrito su primera poesía, dedicada a sus abuelos Textor, con motivo del Año Nuevo.

La época es extraordinaria. Para constatarlo bastan algunos hechos: en 1750 muere Bach pero en 1759 Haydn escribe su primera sinfonía. Ese mismo año muere Handel pero nace Schiller. En 1767 Lessing publica su *Minna von Barnhelm* y dos años después Watt patenta la máquina de vapor y Napoleón nace en Córcega. En el ámbito de la filosofía y del pensamiento domina el racionalismo. "Luego de la gran herencia cartesiana y spinoziana del siglo XVII, se centra en el universalismo de Leibniz... Para Alemania ello significa el término de su subordinación a la teología" (6). Ese racionalismo que condena el sentimentalismo enfrenta coetáneamente la aparición de un movimiento espiritual, el pietismo, caracterizado por una actitud francamente irracionalista.

La niñez y juventud de Goethe tuvieron muchas sombras, como él mismo lo relata en *Poesía y Verdad*. Su padre se dedicó a educar a sus hijos. A él le debió mucho de su formación intelectual, la cual estuvo acompañada de su pasión, escepticismo y ambición. Y si esta influencia le dio alas al genio creador, también le legó la depresión contra la cual combatió toda su vida y que venció gracias a los alegres y viriles elementos de su naturaleza, cercanos al encanto y espontaneidad de su madre. A la edad de diez y seis años abandonó la casa paterna y su natal Frankfort para estudiar en la Universidad de Leipzig, donde encontró al gran amor de su adolescencia, Catalina Schonkopf, aunque ya en su ciudad se había enamorado por primera vez. Muchos años después explicaría su forma de amar: "Cuando un hombre ha abierto lo más íntimo de su ser, hace un regalo que ya no puede recobrar y le sería imposible hacer daño a un ser amado en otro tiempo o dejarlo sin protección". En esos años escribió algunas obras y en 1770, a los veintiuno, tuvo un encuentro trascendental: conoció a Herder, quien "ya había decidido cuál había de ser el trabajo de su vida: predicar la intuición y exaltarla por encima de la observación" (7). Se reconocieron como maestro y discípulo. El joven poeta cortejó apasionadamente su amistad. Herder fue el único hombre a quien Goethe debió algo decisivo, aunque su relación fue tirante hasta terminar en la enemistad debido a la difícil personalidad de Herder, quien, por ejemplo, no aceptó el matrimonio de Goethe. Otro de los hombres importantes en su época juvenil fue Lavater, quien lo

inició en el dominio de la fisionomía, pero "el pietismo obstinado de Lavater no tarda en enervarlo" (8). Tenía veintitrés años cuando escribió el primer *Gotz*, influido por la dramaturgia grandiosa de Shakespeare. "Es indiferente que (a *Gotz von Berlinchingen*) lo consideremos, con Hegel, el último representante de la edad heroica o, con Marx, un miserable mozo. Pues Hegel y Marx (éste con un acento polémico contra Lasalle) coinciden en que Goethe ha conseguido crear una figura en la cual se funden en unidad orgánica, indestructible, inmediatamente eficaz, los rasgos individuales más profundos y personales con la autenticidad y la verdad históricas" (9). Pero el año 1774 será el de su consagración, cuando escribió su poema *Prometeo*, del cual Brandes dice que bastaría para inmortalizar a un poeta. En él se canta al hombre con voz semejante a la de la antigüedad clásica. Si Sófocles dijo que de todas las maravillas el hombre es la mejor, Goethe por medio del Titán afirmó la fuerza del ser humano; su rechazo a las deidades.

¿No lo has hecho todo tú,

corazón sagrado y ardiente?

Y ese mismo año, en la ciudad de Wetzlar, donde había acudido como joven jurista al Tribunal de Apelaciones del Sacro Romano Imperio, conoció a Lota Buff, la prometida de Kestner. De ella se enamoró, en ella deseó a la esposa, la cortejó durante ocho semanas recibiendo siempre una negativa hasta que, como en muchas otras ocasiones de su vida, huyó del amor. En Wetzlar también conoció a un tal Jerusalem, apasionado enamorado de la mujer de un amigo, quien poco después se suicidó. De los sentimientos de aquella época crearía, universalizando sus experiencias, *Las cuitas de amor del joven Werther*. Fue un éxito inmediato: la juventud alemana adoptó el estilo de Werther y hubo una oleada de suicidios. Se dice que es una obra romántica, pero lo que Goethe hizo fue recoger un sentimiento que había en su época, recreándolo con realismo. Se consideró a su autor miembro del *Sturm un Drang* cuando en realidad buscaba evadirse del caos, del irracionalismo, y aspiraba descubrir las leyes que rigen la sociedad y la naturaleza.

Desde sus comienzos, su vida estuvo regida por la búsqueda constante del saber profundo. Así lo canta en uno de sus más célebres poemas:

...mientras no hagas tuya

la consigna ¡muere y deviene!

sólo serás un turbio huésped

en la tierra oscura.

Esa aspiración también está presente en las confesiones que hizo en su viaje a Italia: "mis esfuerzos por ver las cosas como son; la constancia que pongo en creer sólo en mis ojos" (10). En cuanto al método, era la investigación en todo momento. Por eso fue un hombre universal, al estilo de la antigüedad y el Renacimiento. Nunca estuvo encerrado en una torre de marfil. Cuando el duque Carlos Augusto lo invitó a Weimar, ocupó el último lugar en el consejo de uno más entre la multitud de pequeños principados y Estados en los cuales, para su miseria, estaba dividida la culta Alemania,

dedicándose con entusiasmo y disciplina a la labor. "Sólo lo tangible puede vincular su espíritu, enamorado de lo concreto, al mundo de la acción... aproximarse al pueblo y a la tierra" (11). Él mismo lo resume: "El peso de los trabajos es excelente para el alma... nada más miserable que un hombre sin trabajo y sin preocupaciones". Y para realizarse en esa etapa de su vida a través de la acción, subordinó su trabajo de escritor a la tarea cotidiana, "que cada día se me hace más dulce y más amarga". Sabe por qué muere de hambre el campesinado, estudia la parcelación de los latifundios y siente, años antes de la Revolución Francesa, el cambio que se avecina. "Nuestro mundo político y moral reposa sobre minas, cuevas y cloacas subterráneas... en lo cual no piensa ni reflexiona nadie, como tampoco en las condiciones de vida de sus habitantes; sólo los que están un poco informados comprenderán con mayor facilidad que pueda abrirse la tierra... y se oigan del sumidero cosas extrañas". Sorprendente que un hombre conservador en política, que de burgués ascendió a la nobleza, hablara así. Herder, Knebel, Wieland, los Humboldt, Kant, Fichte, Klopstock, Burger, Stolber se declararon a favor de la Revolución; prácticamente toda la intelectualidad alemana ardía en fervor revolucionario. Él no. Luego se encontraría con ella en la guerra y lo haría en primera instancia como vencido. En Valmy, durante el cuarto año de la revolución, vio a los soldados profesionales –los mercenarios– derrotados por un desarrapado ejército del pueblo. Entonces los oficiales alemanes le pidieron que explicara lo que estaba pasando. Les dijo: "En este lugar y desde este instante comienza una nueva fase de la historia del mundo, y ustedes podrán decir que asistieron a este acontecimiento". Goethe fue un conservador, censuró periódicos y en ocasiones se comportó como un autócrata. En *Ludwig Fuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* Engels lo definió: "Tanto Goethe como Hegel eran, cada cual en su campo, verdaderos Júpiteres olímpicos, pero nunca llegaron a desprenderse por entero de lo que tenían de filisteos alemanes". La miseria de la historia alemana influyó sobre los pensadores más representativos de aquella época. Sin embargo, en Goethe –como lo dijo Engels de Balzac– la realidad se impone al gran artista a pesar de su posición política y lo hace porque para él la realidad es lo primero.

A las facetas de escritor y hombre de Estado sumó la de científico. En 1784 descubrió el hueso intermaxilar, "ese famoso hueso cuya existencia sólo se había observado en el cráneo de los animales; ciertos sabios se obstinaban en buscarlo en el hombre, otros negaban su existencia, la cual hubiera creado demasiada similitud entre el mono y el animal humano" (12). Goethe dedujo "que ningún detalle aislado permite encontrar diferencia entre el hombre y el animal; que, por el contrario, el hombre parece estrechamente emparentado con la bestia". Posteriormente desarrolló su teoría de las vértebras, en la cual declaró que los huesos del cráneo son vértebras modificadas, consideró la hoja como el tipo fundamental de los órganos vegetales y formuló la ley de la metamorfosis. Planteó, setenta años antes de Darwin, la evolución de las especies: "En todos los seres orgánicos se encuentra un tipo general perfectible por vía de metamorfosis, tipo del que se pueden observar todas las partes en cierta etapa de su evolución y que debe reconocerse todavía cuando, llegado a su más alta expresión en el hombre, se oculta modestamente en el hombre". En lo que sí erró fue en su famosa teoría de los colores, con la cual buscaba contradecir a Newton. Goethe nunca aceptó las demostraciones del prisma. Llamó al gran Newton "el descomponedor de sus alegrías". Algunos filisteos han criticado ese tiempo ocupado en administrar minas, en dirigir el Estado del duque, en cavilar teorías científicas. Tiempo perdido para el arte, han dicho. A ese paso los especialistas, los empobrecedores del hombre, negarían hasta el amor. Pero el mismo poeta ya los descalificó en sus *Elegías Romanas*:

Cada día hojeo, dócil, obras de los antiguos

con mano ágil y siempre con placer renovado.

Mas me tiene en las noches el amor ocupado.

Seré así medio docto, mas dos veces feliz.

¿No aprendo acaso viendo las formas

/de los dulces pechos?

Goethe no sería el genio universal si no pudiéramos leer temblando de entusiasmo cómo se siente "muy próximo a levantar el misterio de la concepción de las plantas". Vivió muchos años y pasó por diversas etapas. En algunas se acercó al misticismo de los Hermanos Moravos (una rama del pietismo), lo sedujo la vieja alquimia (como se refleja en *El gabinete del doctor Fausto*), se dejó tentar por Schelling en quien encontraba al sistematizador de un mundo poético visionario, pero en su conjunto se le puede aplicar lo que dijo de sí en su madurez, "en el dominio del pensamiento soy un realista empedernido; si algo se presenta a mí, me siento incapaz de desear que sea de otra manera que como es". O cual lo expresó con mayor plasticidad y furia a un joven kantiano: "¡Cómo! ¿La luz sólo existiría mientras vos la pudierais ver? ¡No! ¡Sois vos quien no existiríais si la luz no os viera!" Esa realidad a la que está prometido nos la muestra en su poema *Epirrema*:

Cuando contempléis la naturaleza,

mirad el detalle y la cosa entera;

nada está dentro ni está afuera,

pues está lo de dentro también afuera...

Poesía de la realidad dialéctica que en el campo de la filosofía un contemporáneo suyo, Hegel, nos indica con la celebre frase "la verdad es el todo". Naturalmente que su posición tiene ambigüedades como, por ejemplo, decir que en las letras y el arte se siente politeísta, pero panteísta en las ciencias. En el fondo Goethe fue un discípulo de Spinoza. Analizando su ética, manifestó que es la obra que más se aproximaba a su forma de ver porque en ella Spinoza no probaba la existencia de Dios, sino que declaró que la existencia es Dios. Pero si esto ocurrió en cuanto al contenido, en el método sentenció que "la razón sería una gran potencia en nosotros si supiese contra quién ha de luchar. La naturaleza toma en nosotros formas siempre nuevas y cada nueva forma es un enemigo inesperado para el buen sentido, que es invariable". Era la época de la ruptura del racionalismo. Unos tomarían el camino del romanticismo, del irracionalismo, creyendo superar la frialdad de la razón. Los mejores edificarían la dialéctica, olvidada y postergada desde Grecia; la unidad de los contrarios. De ellos Goethe fue el más grande en el campo del arte.

Es curioso que este hombre ennoblecido, adorado por toda Europa, escogiera por esposa a la hija de un empleado de los archivos, huérfana de padres y sin recursos, que para sobrevivir fabricaba flores en su casa. Y que a capa y espada la defendiera contra el mundo. En Weimar se habían perdonado los romances del poeta, por ejemplo el de Carlota von Stein, pero lo de la obrerilla escandalizaba. Sin

embargo, no cedió y después de convivir sin formalizar su relación acabó casándose con Cristina Vulpus. En su decisivo primer viaje a Italia sólo había querido observar a los niños y a la clase baja. Como lo señala Ludwig, su actitud personal echa por tierra la leyenda de complaciente cortesano y servidor de los príncipes.

En el terreno de la teoría literaria hizo importantes aportes. Hablando sobre las diferencias objetivas entre la épica y el drama planteó: "El épico dice los hechos como totalmente pasados, mientras el dramaturgo los representa como totalmente presentes". En 1824 observó que "en realidad toda mi época se separa de mí, pues hoy privan las corrientes subjetivas, mientras yo, entregado a mi afán de lo objetivo, me voy sintiendo en inferioridad manifiesta, completamente aislado de todos" (13). Esa afirmación indica un cambio en la corriente principal de la poesía, nos habla de un período de cambio. El reconocimiento generalizado a su poesía que se le brindó en su tiempo (aunque es bueno recordar que su reconciliación con el público –quien lo había pospuesto por Schiller y otros– se produjo a causa de su autobiografía, *Poesía y verdad*) nos revela cómo la vieja objetividad no había perdido la preeminencia, pero para un observador tan agudo no podía pasar ignorada la tendencia que se venía abriendo paso y que unos años después terminaría por imponerse. En sus conversaciones, recogidas por Eckermann el año anterior, había defendido el realismo: "¡Qué no se me diga que la realidad carece de interés poético, porque precisamente en ello se revela el verdadero poeta: en que tiene inspiración suficiente para descubrir en cualquier objeto común un aspecto interesante! La realidad ha de dar el motivo, el punto de referencia, el verdadero núcleo. Convertirlo en un objeto lleno de belleza y de vida, es cosa del artista... no hay nada más importante en el arte que el objeto".

Ese romper de lanzas suyo por la objetividad nos muestra la agudeza de los cambios y del debate. Luckács, el teórico húngaro, resume la controversia entre la objetividad y la subjetividad en el plano de la actividad artística, con las siguientes palabras: "Goethe ha designado con la voz manera (*manier*) lo que hoy se suele llamar individualidad literaria. Entendía por ello una serie de signos recurrentes y fáciles de reconocer, de una subjetividad en la cual podía haber, ciertamente, elementos originarios de talento, pero que no había llegado a penetrar realmente el objeto y cuyas huellas lleva, pues, la obra sólo como características externas. Goethe llama en cambio estilo (*stil*) la llegada del individuo creador al arte a la verdadera dación de forma: con él la obra se separa de la mera subjetividad de su creador, la realidad configurada en ella cobra vida propia y la subjetividad meramente espontánea es superada en la objetividad según leyes del arte real" (14). Su aversión por el subjetivismo lo llevó en 1826 a decir al doctor Wolff de Hamburgo, el primer improvisador alemán, cuando por petición suya escribió un poema sobre su regreso a Hamburgo: "Pero no pude elogiarle sin reservas. En realidad no describía su regreso a Hamburgo, sino los sentimientos de un hijo al volver al lugar donde están sus padres, amigos y parientes, y aquellos versos lo mismo podrían valer para pintar un regreso a Hamburgo que a Merseburgo o a Jena". Y remata con una frase que nos da la clave de lo que estaba pasando: "Yo dije que el público tiene mucha culpa de esas corrientes subjetivas, ya que acoge con entusiasmo las tendencias sentimentales". Como lo señalamos más arriba, el sentimentalismo era una reacción al frío racionalismo que había llegado a considerar al hombre una máquina, pero también constituía un rechazo de la realidad.

Se comenzaban a dar unas condiciones sociales y económicas que permitirían la derrota del realismo y la objetividad de la época, en que la burguesía aguzaba sus armas para dar al traste con la sociedad feudal. Al final del *Fausto* canta: "Sólo merece la libertad, lo mismo que la vida, quien se ve obligado

a ganarlas todos los días" (15). ¿Merecía la burguesía triunfante la libertad y la vida cuando ya no se las ganaba, cuando empezaba a ver, ominosamente, alzarse amenazador al enemigo que ella misma había creado? Esa burguesía que después de Napoleón y su derrota ante Inglaterra y la Santa Alianza ya no podía proclamarse ciertamente como la abanderada de la libertad, la igualdad y la fraternidad comenzaba a cerrar los ojos ante la totalidad de una realidad que amenazaba su modo de vida y sus presupuestos ideológicos. Fausto habla de cuánto lo deleita el ruido de las azadas, ¿pero ese ruido no empezaba a convertirse en una amenaza? "Todas las épocas de retroceso y disolución muestran tendencias subjetivas y, por el contrario, las progresivas toman una dirección objetiva", había dicho Goethe. ¿Empezaba una época de retroceso y disolución en la segunda década del siglo XIX? Estas observaciones indican un asunto que constituirá el centro de la problemática del arte en los siglos siguientes.

No se podría dar remate a este artículo sin volver a hacer hincapié en la obra que maduró durante toda su dilatada existencia, desde los veintidós años hasta los días de su muerte: el *Fausto*. Constituye una de las cimas del pensamiento y del arte, creación obligada cuando se habla de la literatura universal, "un ansia donde se entrecruzan todos los impulsos que forjan el destino humano", al decir de Francisco Ayala. Pero es el propio Goethe el que nos da la clave en la misma obra, cuando exclama:

¡Cómo se entreteje todo en el Todo,

obrando y viviendo lo uno en el otro!

Es la aspiración a la Totalidad la que gobierna la obra, la afirmación de la realidad. "¿Por dónde asirte, Naturaleza infinita? Tus pechos, ¿dónde? Manantiales de toda vida, de quienes están suspendidos el cielo y la Tierra". De la afirmación del hombre. "Llegó ya el momento de probar con hechos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses". De la nueva e inquietante escisión que produce el desarrollo del capitalismo al enajenar al hombre. "Dos almas residen, ¡ay! en mi pecho". En resumen, de cómo plantea el inicio de Todo. "En el principio era la acción". Y si el pensamiento de Goethe se plasma magistralmente en el *Fausto*, a su vez el personaje, el doctor Fausto, tiene su modelo en Goethe: "mi vida, una aventura única. No aventura por el esfuerzo hecho para perfeccionar los elementos depositados por la naturaleza en mi alma, sino por el realizado para adquirir lo que no había puesto. Equilibrio de buenas y malas tendencias. Por lo tanto, constante tortura sin verdadero goce".

NOTAS

(1) Goethe, Johann Wolfgang von, *Fausto*. Editorial Océano, 1996, Barcelona, p.23.

(2) Ludwig, Emil, *Goethe*. Editorial Juventud, Barcelona, 1983, p. 623.

(3) Modern, Rodolfo, *Historia de la literatura alemana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 150.

(4) Ludwig, *ibid.*, p. 310.

(5) Ludwig, *ibid.*, p. 31.

(6) Modern, *ibid.*, p. 116.

(7) Ludwig, *ibid.*, p.45.

(8) Ludwig, *ibid.*, p. 100

(9) Luckacs, George, *Materiales sobre el realismo*. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 120.

(10) Ludwig, *ibid.*, p. 226.

(11) Ludwig, *ibid.*, p. 125.

(12) Ludwig, *ibid.*, p. 187.

(13) Eckerman, *Conversaciones con Goethe*. Editorial Porrúa, México, 1984, p. 66.

(14) *Ibid.* cit. 9, ps. 116 y 117.

(15) *Ibid.* cit. 1, p. 331.
